

Preguntaban una vez á un buen hombre que oía embobado un trozo de ópera; —¿Es V. filarmónico? —No, señor, soy de Murviedro, respondió sencillamente.

Si hubiera contestado que era de Santander, no diría un desatino, porque este es ahora un pueblo mayormente filarmónico.

La torre de la Catedral con su pequeña esfera de reloj; los barcos, por un lado; los trenes del ferrocarril que cruzan el mar, por otro; las montañas á lo lejos, y la música á todas horas, forman un paisaje encantador, parecido al de esos cuadros que se encuentran en cualquier relojería, y en los cuales, dándoles cuerda, se mueven los barquitos, andan los trenes y suena la música.

Nuestro lema en la actualidad es una proclama que le hizo célebre el difunto periódico progresista titulado El Clamor Público. Hoy más filarmónicos que ayer, mañana más que hoy.

El domingo último del mes de Agosto fué un día en que llegó á su apogeo el furor musical.

¡Qué día aquel, señor, qué día!

A las nueve de la mañana fuimos á tomar billetes para el concierto que daba Sarasate en el Circo Ecuestre, á las nueve y media á casa de Fons á adquirir localidades para el certamen anunciado en el circo tauro; á las diez aguardábamos impacientes la hora de oír al primer violinista del siglo; á la una, los que salíamos entusiasmados del Circo Ecuestre, nos encontramos con los que volvían satisfechos de la sesión matutina que había dado la banda municipal en la plazuela de la Libertad; á las cuatro ya estaba la Plaza de Toros ocupada de tal modo, que no hay memoria de un lleno semejante. Anunciábase que las bandas de Ingenieros, Bailén y municipal tocarían solas y unidas, acompañadas y sueltas, y decíase además en el programa que por primera vez 140 músicos, 140, amenizarían la función ejecutando todos los 140 músicos, 140, á la vez, un magnífico paso doble.

Ciento cuarenta veces un paso doble ejecutado por 140 músicos, 140, que componían una banda triple que había de ejecutar un paso doble!

¡Dios santo, qué aritmética musical más incomprendible! Eso debía ser el infinito de la armonía. Una borrachera de notas. Fué, en efecto, un acontecimiento ruidosísimo, pero el certamen de que hablaba el cartel no lo vimos.

Al salir de la Plaza de Toros, nos dirigimos al Casino del Sardinero, donde había el acostumbrado concierto del sexteto dirigido por el señor Arche; en seguida á la plazuela de la Libertad, á buscar, si se encontraba, una silla para oír sentados las seis piezas que toca la banda de Ingenieros casi todas las noches en el bonito templete que hay en aquel sitio, y luego á dormir la música, si nos lo permitía la murga de los santos, es decir, la murga que va á felicitar á los señores que están de días, porque ni pizca de santidad tiene aquel ruido.

Reñense los intermedios con las sinfonías trahumantes de los ciegos con las piezas industriales de los pianos mecánicos, y con las tocadas perdurables de los organillos, desafinados, que han acudido al estrépito de nuestra fama filarmónica, y se tendrán veinticuatro horas de música perpetua, continua, permanente, como si se produjera con el auxilio de una máquina de vapor, ó á grifo abierto.

Para oír tanta música ha sido preciso aprovechar cuantos sitios hay disponibles; así que hasta los circos ecuestre y tauro no se han convertido en salones de concierto. La otra tarde se hallaba reunida bastante gente frente á las calderas de la Fábrica del Gas, y supimos que allí estaba con esperanza de oír música. No se concebía que aquellos dos espaciosos recintos no se utilizasen para dar un par de conciertos.

No nos quejamos de este estado de cosas. Celebramos mucho que el primer lleno completo que hubo en la Plaza de Toros de esta ciudad lo haya motivado la novedad artística de la reunión de las tres bandas. No menos nos congratulamos que los frenéticos aplausos dados á Sarasate por un pueblo admirador se repitieran con gran insistencia y gritos de aclamación, mientras que ese mismo pueblo se contentó con aplaudir una sola vez y sin manifestar gran entusiasmo la magnífica estocada que dió Frascuelo á uno de los toros que mató el día 15 de Agosto último.

¡Muy bien: así demuestra un pueblo su cultura!

Perlo sensible es que nos estamos haciendo á malas mañas. Eso de desayunarse con melodías de Sarasate, de comer acordados de las tres buenas bandas de música, de mendar notas de los distinguidos profesores del sexteto y de cenar adiciones de la brillante banda de Ingenieros, es transformar la tierra en un paraíso musical, y quizá haya autología en estas dos últimas palabras, por-

que no hay cielo sin música; al menos en todas las glorias que he visto—pintadas, por supuesto—he observado que los ángeles se ocupan en cantar ó en tocar algún instrumento, y si es una pintura exacta, empiezo á sospechar que las melodías que ellos cantan ó tocan arriba son las que aquí abajo oímos á Gayarre, la Patti, Sarasate, Monasterio, Rubinstein y demás notabilidades de igual colosal celebridad.

Otro inconveniente de la abundancia de música es que nos parece que todo suena. Individuo hay que no se atreve á tocarse las narices por temor á sonar demasiado.

Hace días un honrado padre de familia se empeñó en que tocaba la jicara de chocolate que acababa de servirle su mujer.

—Tú sí que estás tocado, replicó ella asombrada.

—Te digo que este chocolate es de música: ahora toca un aire de la Sonámbula, y repite: —El sonámbulo eres tú. ¡Repetir un chocolate tan rico!

En este momento entra la criada gritando: —¡Señorita, señorita, el puchero suena!

—¡Adios! ¡á que lo has roto!

—¡Quién! no es eso, señorita; tiene música dentro.

—¡Lo ves, lo ves! repitió el marido de las repeticiones con aire triunfal.

—¡Váyase Vd. muy en hora mala con la música á otra parte! repitió enfadada la señora.

—No te vayas, chica, que aquí estamos para oír cantilenas.

—¡Bribón, esas tenemos!

—¡Me parece! exclamó la criada.

Examinado el caso, se averiguó que el puchero contenía carne de uno de los toros de la ganadería de D. Galo Aizcorbe y Compañía, lidiados últimamente en la Plaza de esta capital, y recordándose entonces que antes de empezar la corrida ejecutó la banda de Ingenieros tan bien como siempre, y tal vez mejor que nunca, el potpourri *A los toros*, de Maimó, no era sorprendente que la melodía se filtrase en la carne de los toros y se evaporase luego al contacto del fuego.

Abundando aquel marido en esta opinión dijo:

—Los toros corridos ayer eran bravos, bravísimos, como aseguró el inteligente que los vió encaramado en un árbol; pero—¿qué quieren ustedes?—tuvieron la afortunada! desgracia de oír un potpourri compuesto por Maimó, dirigido por Juarranz é interpretado por los músicos de Ingenieros, y sucedió lo que era de esperar: que se amansaron del todo. Ya saben ustedes lo que había escrito en el telón del antiguo y destruido teatro de la Cruz: «La música á las fieras doméstica.» Y si es superior, no puede menos de convertir en borregos á los más bravos toros. Esto no tiene vuelta de hoja, y créanme ustedes, que hablo por propia experiencia.

Sin embargo, la sentencia no es tan concluyente como suponía el filarmónico marido.

La música á veces embravece.

Cuando Sarasate sacaba en el arco sonidos portentosos, cuando se le tributaba el entusiasmo del silencio, cuando parecía que del violín del gran artista salía como bandada de ruiseñores persiguiendo á lindísimas mariposas, y arrojando con sus cánticos una cascada de trinos, gorjeos y arpegios, lloró un niño mamón.

Todos los rostros se nublaron, los ojos brillaron siniestramente, se oyó un rugido, y si el niño no tiene el buen acuerdo de callar, de seguro que se hubiera cubierto en el acto una suscripción para elevar en la plazuela de Nuñanca una estatua... ¡á Herodes!

Y no hubiera sido por maldad, sino porque no estamos para músicas cuando oímos buena música.

Y basta por hoy de música.

No perdemos las ocasiones de dar gusto al oído. El día de ayer, musicalmente considerado, fué parecido al domingo anterior, pues se anunciaba, y hubo:

Por la mañana, escogidas tocatas de la banda municipal en la plaza de la Libertad.

Por la tarde, en la Plaza de Toros, ejercicios acrobáticos amenizados por la banda del regimiento de Bailén; concierto al aire libre por la banda municipal en el Sardinero y concierto-baile al aire cerrado, en igual sitio, por la banda de Ingenieros.

Por la noche, velada musical por la referida banda de Ingenieros en dicha plaza de la Libertad, y el concierto que daba la niña María Luisa Vega en el Circo Ecuestre, amenizado con ejercicios gimnásticos.

Por lo visto, unas veces ameniza la música á los ejercicios acrobáticos, y otras sucede lo

contrario, lo cual no siempre es tan ameno como se dice, ni tan galante como se cree.

Lo que sí resulta es que ni estamos desconcertados ni desbandados, porque aquí soplan los músicos que es un primor; pero estos aires no constipan, y dan un buen aire á la ciudad.

¡Lástima que estemos en el último compás! Con satisfacción de todos es *largo assai*, y aún pedimos unánimemente más conciertos.

La buena música es como la vida del mar: nunca cansa.

A propósito de música, no es mala la que se ha dado á un conocido y apreciable peluquero de esta capital.

Se ha supuesto que Sarasate le ofreció billetes para que pudiera asistir á uno de los conciertos que dió en el Casino del Sardinero, y no pudiéndolos aceptar, se ha dicho que el artista, con la cara enjabonada, cogió su violín y tocó como si le escuchara el príncipe de Bulgaria.

De esta noticia lo único cierto es el jabón; por eso se escurrió la lengua de los que la propalaron.

También es verdad que mientras Sarasate templaba el violín, el otro aguardaba templando el agua. La afinación del instrumento produjo notas que eran, á lo sumo, buenas para que las oyera un príncipe tan tronado como el destronado de Bulgaria, y la rasura sabemos fidedignamente que empezó y terminó sin música y sin billetes, que no importó siquiera uno de veinticinco pesetas.

De este sencillo hecho no ha podido sacarse la noticia al pelo que circuló por todas partes.

Y basta por hoy de música, que otras nos esperan desagradables.

Al llover será el freir, y ya se verá como el viento Sur se encargará pronto de darnos unos aires ruidosos que nos dejarán desbarbados, y hasta puede ser que destemplados, ó sin templete para oír las bandas el próximo verano.

N.

ENTRE BASTIDORES.

EL ENSAYO DE ZARZUELA.

Entra el autor de la música por la puerta del teatro y pregunta el maestro de coros; —¿Qué tal anda esa gente? —Bien, responde el otro, ya podemos unir.

Aquel día se reúnen mujeres y hombres—coro de ambos sexos, que dice el cartel,—y cantan juntos por vez primera la obra próxima á estrenarse.

¡Qué gritos! ¡Qué desafinaciones! ¡Qué escándalo!

—¡Afortunadamente, á los coristas no se les trata con el miramiento que á las partes principales, y el autor se venga de aquellos forajidos, que le destronan su número más inspirado, llenándolos de improperios.

—¡Esos tenores, que no sean brutos! ¡Eh! ¡Las contraltos! Mejor lo harías si no estuvieras pensando en los infelices que han de pagar la cena esta noche.

Mientras el maestro lucha con las clases subalternas, el autor del libro está dando conversación á las primeras partes.

Estas, invariablemente, le están diciendo todos los días desde aquel en que se empezó á ensayar la zarzuela:—Pero ¿en qué estaba usted pensando al dar un libro tan bonito como este á un músico tan malo? ¿No comprendía Vd. que se le va á echar á perder? ¡Lo que es si la obra se salva se deberá á los versos, y nada más que á los versos!...—Por supuesto, sin perjuicio de decirle al maestro por su parte:—Mientras Vd. no escoja libretos mejores, no tendrá un éxito verdadero; ¿qué importa que su música de Vd. sea preciosa si silban el libro? Además, que es imposible inspirarse en estas tonterías.

Ambos autores quedan persuadidos de que los cantantes dicen verdad, y de que será un milagro que el público no silbe á su compañero y le haga pagar á él cupas ajenas.

El día de que hablo, ó á que me refiero, la tiple pega con el abanico en el hombro del autor, que está sentado á su lado, para indicarle que se aproxime á ella, y le dice muy bajito:—¡Ha oído Vd. la romanza que me ha escrito el maestro por el segundo acto?

—Sí, señora, responde el autor, y por cierto que me parece muy bonita.

—No lo crea Vd., replica ella; pero no se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata? —De que si canto la romanza no puedo decir las quintillas que siguen, y si he de decir las quintillas no puedo cantar la romanza... —¡Por Dios, Amalia!

—Porque no será cosa de que á la tercera noche se suspendan las representaciones de la zarzuela para que yo me vaya á tomar inhalaciones en cualquier balneario.

La tiple ha tocado en la fibra sensible del autor; ¡bien lo sabía la pícara de ella!

En este instante acaban los coros de cantar, y el autor aprovecha el silencio para decir á su colaborador, que, sentado al piano, está limpiándose el sudor que le inunda la frente:—Oye, Perico, haz el favor de venir aquí un momento.

Se acerca el músico y el libretista le ruega que oiga lo que dice la tiple. Esta vuelve á repetir lo que antes manifestó.

—¿Se puede suprimir la romanza? pregunta el autor del libro.

—De ningún modo, responde el de la música; si es la pieza que, por decirlo así, com-

pleta mi pensamiento. Lo mejor será que atajes tú las quintillas.

—¿Estás soñando? Un parlamento de efecto seguro, y sin el cual no hay desenlace posible.

Los dos se vuelven hacia la tiple gritando á dúo:—¡Por Dios, Amalia! Haga usted un esfuerzo.—Ella se muestra inflexible: no puede ser; ha dicho que no puede ser; no se ha contratado ella para cantar solamente una zarzuela en toda la temporada.

En seguida empieza la lucha entre los dos autores: el uno defiende sus notas, el otro sus versos, y ambos aseguran que lo propio es más importante y más necesario que lo ajeno. Interviene el director de escena:—¿Que ríes que yo decida con imparcialidad?—Los dos responden que sí; ¿qué remedio les queda? Y entonces el tercero en discordia coge los papeles de música y el ejemplar del libro, y ataja, como él dice, ó suprime, que dirían ustedes, veinte compases y dos quintillas, con lo que quedan mal la romanza y el parlamento. Sin embargo, hay que convenir en que no había otro modo de dirimir la contienda.

El músico vuelve mal humorado á sentarse al piano; pero antes de llegar á la banqueta, le detiene una señora bigotuda, que le dice:

—Yo soy la madre de la Fernández.

—¡Por muchos años! ¿Y qué?

—Pues nada, que la chica está muy desazonada...

—Bueno, ¿y á mí qué me importa?

—¿No le ha de importar á usted? Si usted no la baja medio punto, si, medio punto dice ella; yo no sé qué es eso, porque no entiendo de notas, ¿sabe usted? Pues bueno, si usted no la baja medio punto, no puede cantar su parte.

—Pues que devuelva el papel y otra la cantará.

—¿Cómo otra? Sepa usted que donde ella no llegue no llega ninguna, porque la he tenido cinco años en el Conservatorio, que me costó mucho dinero, y todos los domingos canta en casa de Rodríguez, que es un señor que está empleado en Hacienda y da reuniones, y allí no hay quien no asegure que tiene mejor voz que la Patti.

Para salvar al maestro de las garras de la madre resentida, tiene que cogerla por un brazo el avisador y llevarla á la calle con iguales miramientos que los guardias de Orden público emplean para meter á los borrachos en las Prevenciones.

Al fin se acaba de ensayar la música sola. —Vamos ahora á todo, dice el director de escena.

—¡Falta el barítono! grita el segundo apunte.

—Ya sé por qué falta, responde el maestro; me encargó que le fuera á enseñar su parte, porque él no sabe música, y como no he podido ir, no quiere presentarse...

—Hombre, siquiera podía haber ensayado el verso, replica el autor del libro.

—No tengas cuidado: mañana vendrá; esta tarde la pasará metiéndole las notas en la cabeza.

Se ensaya, como de costumbre, de prisa y corriendo; sin embargo, al libretista le parece que se detienen demasiado en la música, y que descuidan la letra, y el maestro está convencido de que estudian mucho los versos, con perjuicio de la música.

¡Bien sabe Dios que ambos tienen razón á medias! [Cuando se estrena la obra ve el público bien claro que no hay actor, ó cantante, ó lo que fueren, que de cantantes y actores bien poco tienen, que sepa como debe ni la música ni el libro!

S. DE TRASMIERA.

PERSPECTIVA.

La temporada veraniega agoniza en estos días.

Tal es la ley de la existencia: el reposo tras de la actividad; después del ejercicio, la fatiga; la muerte en pos de la vida.

El vivir del verano, en Santander al menos, es muy parecido al de esos calaveras que derrochan en pocos meses la salud y el caudal que heredaron de sus padres y tíos indianos respectivamente.

Pasó Sarasate como nube preñada de encantos y armonías.

Pasaron los conciertos y los bailes, los toros y las ferias, las veladas, ó las desveladas mejor dicho, y dentro de pocos días los individuos de la música de Ingenieros se congregarán, allá en el andén de la estación, como banda de cautas golondrinas, buscando unas hospitalario nido en que pasar las interminables noches del invierno.

La Plazuela quedará entonces solitaria y muda como calleja de aldea, y la oscura silueta del abandonado templete nos hará recordar esos monumentos conmemorativos de una gran batalla perdida por un gran pueblo.

El último forastero nos envía con una mano el postrer saludo de cariñosa despedida mientras se aferra con la otra al mango del paraguas azotado por las primeras celliscas del Otoño.

Arche y compañía fueronse ya también con la música á otra parte, mientras que los que aquí nos quedamos envueltos en las espesas nieblas de nuestra pobre Montaña, y rumiando las respectivas desventuras, sentimos que se nos ponen los pelos de punta, á los que tenemos la relativa fortuna de usarlos, al pensar en lo que va á ser de nosotros este año y principios del próximo venidero.

Antes, de *juerga* eterna.

Ahora, sin paseos, sin música y hasta sin teatro.

Lo cierto es que la transición no puede ser más brusca.

Quantum mutatur ab illo!

¡Cuántos muchachos en vilo! según lo traduce un caballero educado en libertad.

Y no le falta razón, si se medita en la que nos espera.

Pero, en medio de todo, no podemos quejarnos.

Gracias á la previsión del Municipio, tendremos donde pasar la noche, pues no en balde se han enterrado en el Paredón unos cuantos miles de duros.

Un viaje de ida y vuelta, es decir, de subida y bajada por aquel ameno sitio, es más que suficiente para entrar en calor y marcharnos á la cama como unos benditos.

Hay, sin embargo, quien censura á nuestros primeros padres por el abandono en que tienen lo que se llamará en su día «obras del Coliseo.»

—Esto es un escándalo—me decía ayer hablando de este asunto una señora, madre de seis criaturas mayores.

—Vd. se figura, sin duda, que los concejales no tienen más en qué pensar que en hacer la felicidad nocturna de sus súbditos. Además que, según mis noticias, se trata de imprimir actividad al proyecto de reforma.

—Obras son amores y no buenas razones.

—El refrán es cierto; pero también lo es aquel de que *no se ganó Zamora...*

—No, perdone Vd.; yo he estado en Zamora cuando el último cólera, y tienen dos teatros muy apañados.

—Pero, después de todo, que se reforme ó no el teatro no es una cuestión como para devanarse los sesos.

—¡Ah, caballero! Parece mentira que diga usted eso. ¿Tiene usted hijos?

—No, señora, es prenda que no uso.

—Entonces por eso habla usted así; si viera usted cuánto á mí me preocupa el porvenir de mis chicos.

—¿Por lo del teatro?

—No, señor, porque sabe Dios en lo que darán en esas horas *noturnas*.

—¡Cielos!

—Sobre todo, el mayor que es algo así... así.

—¿Cómo así, así?

—Vamos al decir, deconte con reservas mentales.

—¡Cállese usted, señora!

—¿Y eso?

—Es que me da usted miedo: nadie puede decir:—De esta *juerga* no he de correr.

—Dios los tenga á ustedes de su pie.

—Muchas gracias, señora.

Y, bien mirado, es lo cierto que no le faltaba razón á aquella ya madre y previsora.

Es indudable que el teatro ilustra casi siempre.

Conozco á muchos que, sin más preparación, han saltado desde un proscenio hasta las oficinas del Estado.

Entre la juventud dedicada al servicio más ó menos doméstico, se nota sobremedera la benéfica influencia del teatro.

A la presente entretienen sus ocios elaborando letrillas, del mejor gusto á las veces, sobre motivos de «La tía Cuchi-Cuchi», ó «del tranvía que han hecho á la orilla del mar.»

Después de un par de meses de pasear en el pueblo una compañía de zarzuela, no hay doméstica que no se acompañe al plato, ya que no al piano, siquiera aquello de «*¡vamos marineros del barco del amor!*»

Si la compañía es de poseer y la empresa prodiga la *del Tenorio*, todo soldado de la guarnición pasa á llamarse Juan, siquiera sea por mal nombre; los padres se traducen en comendadores y se tropieza con una doña Inés en la esquina menos pensada.

La ópera no está tan al alcance de todas las inteligencias. Sin embargo, hay quien llega á pescar el *Credo del Poluto* y se le haría entero, aunque con letra auténtica del Señor mío Jesucristo.

Pero lo que decía anoche una señorita:—Este invierno nada de eso veremos. ¡A las ocho de la noche estaremos todos en brazos de *Murphy*.

CERILLA.

EN LOS RÁPIDOS DEL NIÁGARA.

Desde que el infortunado capitán Webb intentó salvar á nado los rápidos del Niágara, hallando la muerte en su empresa insensata, una verdadera manía de imitación arrastra á los nadadores á acometer igual hazaña, y todos han corrido la misma suerte del valiente capitán, todos menos un antiguo agente de la policía de Boston, William Kendall, el cual acaba de alcanzar la victoria allí donde tantos otros han perecido.

Ante numerosos testigos y no sospechosos, dado que arriesgaban considerables apuestas en el éxito de la empresa, William Kendall, con un cinturón salva-vidas por todo vestido, se lanzó á la corriente, que dominó sus esfuerzos cuando aún no había avanzado más que unas cuantas brazas; el torbellino le hizo retroceder de pronto, luego le arrastró hacia los rápidos. Cuando el nadador llegaba al punto que se designa con el nombre del «Agua Hirviente», pudo recobrar la posición vertical y conservarla mientras azotaba con pies y manos el agua espumosa. Así llegó á la primer rompiente, desapareciendo en el remolino; pero no tardó en reaparecer sobre la cresta de una ola formidable, tendiendo y replegando los brazos con uniforme y rítmico movimiento.

Entonces comenzaba la tremenda travesía. Kendall no intentaba mantenerse á flote, convencido íntimamente de que *Wed* se había estrellado buceando en medio de las rom-

